

Hemingway y los toros

EL número correspondiente al 5 de septiembre de la revista "Life" (seis millones y medio de ejemplares) publica la primera de tres partes de un nuevo libro de Hemingway titulado "The dangerous summer" ("El verano peligroso"), "un regreso a España y a las corridas de toros". El texto más una espléndida colección de fotografías, muchas de ellas en color, a toda plana, cubre veinticuatro páginas de la citada revista, en cuya portada aparece una fotografía de la interesante cabeza del escritor, ya enteramente blanca, lo mismo que su barba de lobo de mar.

El año pasado, "Life" le había pedido a Hemingway un artículo de 5.000 palabras sobre la rivalidad entre Luis Miguel Dominguín y Antonio Ordóñez. Pero el artículo fué dilatándose poco a poco, hasta convertirse en un libro, que será editado el año próximo; será el primero escrito por Hemingway desde su—a nuestro juicio—obra maestra, "El viejo y el mar". El tema central de este "verano peligroso" son España, los toros, Luis Miguel y Antonio Ordóñez, al menos a juzgar por la primera entrega.

Hemingway comienza su nuevo libro diciendo que nunca había esperado que se le permitiese volver a España, "el país que amo más que a ningún otro, a excepción del mío". Esto bien se lo podemos creer después de haber dedicado tres de sus grandes novelas a los toros y a la guerra civil. Hemingway, como ustedes saben, estuvo en España como correspondiente durante la guerra civil. La comprendió en la medida en que podía comprenderla un americano literato, con una idea romántica de las guerras y sin ninguna información de carácter histórico.

"El verano peligroso" tiene que ser fascinador para los lectores americanos, a quienes, por lo general, se sirve aquí una literatura taurina de museo de figuras de cera. Quizá haya escritores americanos, como, por ejemplo, Waldo Frank, que hayan calado más profundamente que Hemingway en la naturaleza de nuestro pueblo, en su concepción trágica de la existencia humana. Pero no hay duda de que Hemingway posee el "sentimiento" de las cosas españolas y un buen conocimiento de ellas. Para un lector español, en cambio, quizá "El verano peligroso" no constituya una lectura reveladora; un largo reportaje sobre la rivalidad de Luis Miguel y Ordóñez tiene sus límites.

Nosotros hemos tenido a veces la sospecha de si Hemingway entendía realmente de toros. Es relativamente fácil, para un buen escritor, escribir bien sobre lo que no entiende. Es una cuestión de oficio. En "Muerte en la tarde" nunca nos abandonó esa sospecha. Pero en "El verano peligroso" Hemingway resulta, nos parece, más convincente, quizá porque se trata de un testimonio, no de una ficción.

Hay muy buenos trozos en este libro que comentamos. Un párrafo sobre el vino de Valdepeñas es magistral, digno de reproducirse en las etiquetas de las botellas, como hacen los escoceses con sus "whiskies". El juicio que le mereció Manolete es más bien despectivo ("un gran matador, con trucos baratos"). La referencia que hace a sus negocios en común con Ordóñez es burlona; por lo visto, no hay tales negocios.



Cita a mucha gente conocida, y entre ellos a Marino Gómez-Santos y a PUEBLO.

Habría que esperar a leer la totalidad del libro antes de juzgarlo definitivamente. Pero probablemente nos hallamos ante el mejor y más extenso reportaje taurino aparecido en América en los últimos veinte años. Nos guste o no, toros y toreros siguen impresionando la imaginación de los extranjeros e identificándonos ante el mundo entero. Revistas como "Life" sólo dedicarían veinticuatro páginas a España con estas materias primas de la sangre y arena. Los toreros son nuestros mejores agentes de relaciones públicas internacionales. No hay por qué lamentarse de ello; hubo un tiempo tan idílico y humanitario en el mundo que la tauromaquia nos hacía parecer sanguinarios y primitivos. Pero después de los espantos de Hiroshima, Katyn, Buchenwald; después de la Marcha de la Muerte, en Filipinas, de los lavados de cerebro, la lluvia radiactiva y las premoniciones de catástrofe nuclear, la fiesta de toros bien puede pasar como una delicada flor de caballería, apta para enfermos cardíacos y para vegetarianos.

Manuel BLANCO TOBIO

Nueva York, septiembre 1960

"Pueblo" 3. Sept. 60,